

fácilmente el veneno sin reprobador por esto las lecciones de virtud que daban en abundancia. La Iglesia por otra parte aun no habia decidido, ó sus decisiones no eran bastante auténticas para privar de toda disculpa á los contradictores. Empero Teófilo no tuvo mas condescendencia; y semejante á todos los celadores cuyas miras no son enteramente puras, habia obrado al principio con demasiada lentitud y despues con esceseivo calor y precipitacion.

50. A mas del odio que profesaba á los monges en general, estaba particularmente descontento con el santo Sacerdote Isidoro, que gobernaba el hospital de Alejandría, y habia sido antes solitario de Nitria, de donde San Atanasio le habia hecho pasar á su clero. Una señora viuda habia puesto en manos de este venerable Sacerdote una suma considerable de dinero, despues de haberle obligado con juramento á comprar vestidos para las mugeres mas pobres de la ciudad, sin dar parte de ello al Patriarca, temiendo que este emplease dicha cantidad en edificios, que le gustaban mucho (1). Recibió Isidoro el dinero, y lo empleó conforme á la voluntad de la señora. Tenia el Patriarca espías que le dieron al punto aviso; y aunque lo sintió entrañablemente, supo disimularlo. Pasados dos meses congregó su clero, y presentó una memoria que decia haber recibido diez y ocho años antes contra Isidoro. Esta acusacion inoportuna hizo concebir muchas sospechas; y así fueron necesarios otros ardidés que no surtieron mas efecto que descu-

(1) *Sozom. lib. 8. hist. cap. 12.*

brir con mas claridad su malignidad y perfidia. Sobornó Teófilo á un jóven para que acusase á Isidoro. El acusador llevó el dinero recibido á su madre, la que temerosa de que Isidoro reclamase en justicia, se presentó al Gobernador y le entregó las monedas que declaró haber obtenido por manos de la hermana del Patriarca. Esto no estorbó á Teófilo el que arrojase á Isidoro de la Iglesia, pero ocultamente y con pretesto de un crimen infame, que la urbanidad no permitia nombrar. Temió San Isidoro perder su vida, y corrió á ocultarse al monte de Nitria, en donde habia pasado su juventud.

51. Darle asilo fue un crimen de primer orden para los monges. El iracundo Patriarca ordenó echar del monte y del fondo del desierto á los solitarios mas célebres que pasaban por maestros de los otros, y se dirigieron á Alejandría á indagar la causa de su condenacion. Habia entre ellos cuatro de mucha fama, llamados comunmente los grandes hermanos, porque eran en efecto de una talla extraordinaria y de una misma familia. Tenian por nombres Dioscoro, Ammonio, Eusebio y Eutimio. Dioscoro habia sido electo Obispo de Hermópolis. Luego que estuvieron en la presencia de Teófilo, dirigiendo este injuriosamente la palabra contra Ammonio, que era un viejo venerable, y lanzando sobre él furiosas miradas seguidas del mas escandaloso enojo, le arrojó su palió á la cabeza, le abofeteó hasta hacerle echar sangre por las narices, y gritó diciendo sin cesar: „malvado, herege, hipócrita, anatematiza á Orígenes.“

No tuvieron los grandes hermanos otro partido mas que retirarse; y volvieron pacíficamente á sus soledades; en donde continuaron sus egercicios acostumbrados, confiados en el testimonio de su conciencia. En efecto, no hay prueba de que sostuviesen los errores de Orígenes; al contrario se encuentran indicios muy fuertes á favor de la pureza de su fe. No dejó el Patriarca de congregar un Concilio de los Obispos vecinos; y sin mandar que compareciesen los solitarios, ni darles modo alguno de defensa, escomulgó á tres de los principales, entre los cuales se nombra á Ammonio y Dioscoro; aunque no se atrevió á fulminar sentencia contra la multitud. Hizo venir despues del mismo desierto á cinco monges estrangeros, llenos de aquella emulacion que degenera fácilmente en envidia entre los de diferente nacion: ordenó Obispo á uno de ellos, al segundo Sacerdote, y á los otros tres Diáconos, y les mandó presentar memoriales contra los otros tres solitarios escomulgados. Estos falsos hermanos no tuvieron mas trabajo que firmarlos, porque los habia dictado y mandado escribir. Habiendo recibido estas quejas en la Iglesia con un aparato afectado, pasó á ver al Prefecto de Egipto, y le presentó una nueva súplica en su nombre con la de los monges acusadores, pidiendo que los monges acusados fuesen espelidos de todo el Egipto. Obtuvo una orden con soldados; y semejante mas bien á un gefe de una expedicion militar que á un Obispo, corrió de noche á sorprender los monasterios. Dioscoro, Obispo de la montaña,

fue el primero á quien arrojaron, despues de haberle sacado con violencia de su Silla una patrulla de Etiopes. Saquearon luego las celdas, abandonando los pocos muebles de los pobres de Jesucristo á una multitud de criados y al populacho. Buscaron por largo tiempo á los otros tres hermanos, Eutimio, Eusebio y Ammonio; pero se habian ocultado en un pozo, poniendo sobre él una estera, y así no pudieron descubrirlos. Teófilo poseido de despecho y de furor mandó quemar sus celdillas particulares, y con ellas ardieron al mismo tiempo las divinas Escrituras, y un jóven que no tuvo tiempo para huir.

52. Retirados los perseguidores, huyeron los tres grandes hermanos á Jerusalem seguidos de los Sacerdotes y de los Diáconos de la montaña y de casi trescientos monges, dispersándose los restantes por diversos lugares. No calmó el resentimiento del Patriarca este destierro voluntario; antes bien persiguió á los fugitivos en la Palestina con cartas que no respiraban sino venganza. La piedad de los Obispos de aquella provincia con los desgraciados, fue á sus ojos un delito que no les perdonó, sino con la condicion de que en adelante no les darian asilo, ni aun en las Iglesias. Viéronse los solitarios precisados á huir de retiro en retiro, hasta llegar á Constantinopla á pedir justicia.

53. San Crisóstomo gozaba allí de la mas completa veneracion que se puede prometer del conjunto de los talentos brillantes y de las virtudes mas sólidas. Todos se veían precisados á admirarle, pero solo

el pueblo y la parte mas sana del clero le amaba: porque gran número de Eclesiásticos y de Grandes le miraban como á un censor importuno; y para ocultar sus vicios procuraban por varios modos hacerle odioso. Despues de las desgracias de Rufino y Eutropio, se habia hecho poderoso Gainas que era Arriano como la mayor parte de los Godos, y se empeñó en dar á los hereges de su comunión una Iglesia en la ciudad Imperial, por una súplica que hizo al Emperador (1). Este Príncipe débil, aunque bien intencionado, antes de conceder absolutamente lo que se le pedia, respondió, que queria hablar á Crisóstomo, Obispo de la ciudad y ministro de las cosas santas: mandóle llamar, representóle el poder y soberbia de Gainas, con todo lo que se podia temer de este suplicante ofendido que aspiraba tal vez al Imperio.

Contestó el magnánimo Prelado, que el terror no era motivo para entregar las cosas santas á los inmundos: y que por lo que á él pertenecia, jamás echaria á los verdaderos fieles de los templos en donde celebraban las alabanzas del Hijo de Dios, para introducir á los impíos que negaban su divinidad y blasfemaban de su santo nombre. (2). Mostrando entonces todo el valor de un Emperador, mientras que Arcadio se abandonaba al miedo, que seria menos extraño en un Sacerdote, le dijo en un tono de seguridad muy persuasivo: „no temais, Señor, á este bárbaro: yo quiero ponerle en razon: haced que nos veamos

(1) *Theodor. lib. 5. hist. cap. 32.* (2) *Sozom. lib. 8. hist. cap. 4.*

y yo le haré reconocer la injusticia de la súplica.” El Emperador utilizó con alegría esta ocasion, y les hizo comparecer al dia siguiente en su presencia. El soberbio Arriano principió profiriendo amenazas contra el Emperador, para que le cumpliese la promesa que suponía haberle hecho. Mas tomó la palabra el santo Patriarca, acompañado de todos los Prelados que se hallaban en Constantinopla, y dijo, que el Emperador Cristiano era protector de la Religion y no su opresor: que no habia ofrecido ni podia ofrecer una cosa que no estaba en su arbitrio por absoluto que fuese su poder con respecto á los negocios de este mundo. Que era injusto por otra parte hacer que sirviesen á la division de los fieles las Iglesias instituidas para reunirlos: que todas las de Constantinopla estaban abiertas á todo Cristiano, y que él podia ir á hacer allí sus oraciones. „Pero aunque no sea mas que por los importantes servicios que he hecho al Imperio, respondió Gainas, merezco tener un lugar particular de oracion. ¿Cuáles son los servicios, dijo el Patriarca, que exigen por recompensa la profanacion de los templos y el desprecio de las leyes? Prohiben estas las juntas de los hereges en las ciudades, ¿é hicisteis juramento de conservar estas leyes santas y sabias. ¿Y habeis esperado hasta ahora para recibir la recompensa de vuestros servicios? Y trayéndole á la memoria el grado de donde se le habia sacado, porque habia sido simple soldado: considerad, prosiguió, lo que erais en otro tiempo, y lo que sois al presente; cuál era el estado de vuestra fortuna, ó

mas bien de vuestra miseria hasta en vuestros vestidos antes de pasar el Danubio; y decidnos, si el título de Duque, si la cualidad de Cónsul no es superior á vuestra ambicion." Despues volviéndose al Emperador, le pintó todas las consecuencias de su demasiada condescendencia con los hereges, diciendo que en la seguridad de la Religion se cifraba la del Imperio; mas que si por un prodigio sobrehumano se pudiesen separar estos dos grandes intereses, seria mejor entregar provincias que la casa de Dios, y perder la corona del universo antes que la de la Religion. No pudo Gainas resistir á la energía y viva elocuencia de Crisóstomo, ó mas bien al espíritu de Dios que hablaba en él, y llevó esta repùlsa con bastante moderacion. Rebelóse abiertamente algun tiempo despues; pero los buenos observaron llenos de consuelo que el despecho de esta afrenta no influyó en su rebelion, y aun pareció redoblar despues su respeto al santo Patriarca. Cuando el Godo rebelde asolaba la Tracia y nadie se atrevia á hacer frente á los esfuerzos de la rebelion, ni á interponer su mediacion para detenerla, se encargó el generoso Pastor de la Diputacion (1). Sabido esto por Gainas, salió á recibir al Santo con sus hijos, y le dió todas las señales posibles de respeto y benevolencia. Insistió no obstante en su rebelion, pero fue derrotado por un General de los Hunnos, amigo de los Romanos, quien remitió su cabeza á Constantinopla.

54. Durante esta guerra, es decir, en el curso

(1) Theodor. lib. 3. hist. cap. 33.

del año 400, delataron al tribunal del Patriarca al Metropolitano de Éfeso, llamado Antonino, sobre diferentes delitos, y en particular por haber tenido hijos despues que era Obispo, y por hacer un tráfico no interrumpido de las cosas santas, vendiendo las ordenaciones episcopales con proporcion á la renta de los Obispados. Acusóle Eusebio de Cibiana, uno de los sufragáneos de Éfeso, en un Concilio formado de los Obispos asiáticos que residian en la corte, y de tres Metropolitanos, de los cuales era el mas famoso el de Escitia: de modo que eran entre todos veintidos Obispos. Llamábase Teótimo este Arzobispo de los Escitas, y habia sucedido á San Betranion tanto en sus virtudes como en su Silla. Criado en la vida monástica, y no contento con tener el hábito y los cabellos largos, habia conservado cuidadosamente la austeridad, el espíritu de modestia y penitencia; en una palabra, todas las virtudes que le atraieron la veneracion aun de los mas feroces y bárbaros; y el cielo le favoreció muchas veces con milagros.

Presentó su libelo el Obispo de Cibiana ante esta junta respetable. El prudente Patriarca hubiera querido sepultar en las tinieblas un negocio, cuyo éxito por ventajoso que fuese no podia compensar el escándalo inevitable. Valióse de Pablo de Heraclea, amigo de Antonino, y que no estaba enemistado con Eusebio para reconciliarlos entre sí; pero le poseía demasiado furor para darle oídos. Al pie del altar en el momento en que se iba á ofrecer el santo sacrificio, entregó otro egemplar de las mismas acusaciones.

en presencia de todo el pueblo y del clero, quejándose con arrogancia de que no querian hacerle justicia. Al oír estas palabras injuriosas no pudo menos de conmoverse el Patriarca; á pesar de su moderacion, con algunas señales que aunque leyes bastaron á la delicadeza de su conciencia para no ofrecer los divinos misterios, no obstante que era domingo; y pidió á otro Obispo que los celebrase por él. Retirado ya el pueblo, mandó llamar á Eusebio; y delante de los Prelados le dijo: „ruégoos que os mireis bien en ello: muchas veces el primer ímpetu de cólera nos obliga á proferir acusaciones difíciles de probar. Si os hallais en estado de sostener vuestros dichos, no los rehusamos; pero si veis obstáculos, no os obligamos á insistir en ellos. Tomad la resolución conveniente antes de la lectura del libelo; pues leído públicamente y dado principio á la causa, no os será permitido, siendo Obispo, desistir.” Nada de esto intimidó á Eusebio y se leyó el libelo.

Dióse principio por el exámen del último punto de la acusacion, como el mas pernicioso en sus consecuencias. Interrogaron al Obispo Antonino y á los que le acusaban de haber dado órdenes por dinero; pero estando ausentes los testigos citados, no se pudo lograr la conviccion, y el negocio comenzó á retardarse. Mas divulgado el hecho, mostró Crisóstomo á fin de evitar el escándalo tanto ardor para cerrar el proceso, cuanta repugnancia habia mostrado para emprenderle. Así para obrar mas eficaz y prontamente acordó pasar al mismo sitio en donde habia

sucedido. Pero Antonino á quien atormentaba el temor de las pruebas, entabló el negocio tan bien en la corte, que hizo mirar la ausencia del Patriarca como poco conveniente en un tiempo en que la rebelion de Gainas habia amedrentado á todos. Llegó á ganar con dinero el diestro simoniaco á su acusador, cuyo celo era muy amargo para que fuese puro, y consiguió de él una promesa con juramento de desistir de la acusacion.

En vano, pues, nombró San Crisóstomo tres Obispos comisionados para ir en su lugar á oír á los testigos, y formar el proceso en la misma diócesis de Éfeso. Uno de ellos llamado Hesichio de Parium, amigo de Antonino, supuso estar enfermo; y los otros dos los fatigaron de industria con la lentitud afectada: Eusebio mismo, que despues de su tráfico, no habia querido comparecer, se fingió tambien enfermo. Prolongóse por fin tanto este asunto, que Antonino murió antes que se hubiese probado cosa alguna.

55. El clero de Éfeso y los Obispos vecinos escribieron entonces á San Crisóstomo, suplicándole con las mas vivas instancias que corriese al socorro de aquella Iglesia, no menos affligida por los malos Católicos, que por los Arrianos; y principalmente que se anticipase á las maniobras de los que procuraban ocupar la Silla por dinero. Nada hirió al Santo tanto como este motivo, y así poniendo en olvido el mal estado de su salud, y el rigor del invierno, partió sin dilacion, dejando los cuidados de su propia

Iglesia á Severo de Gabalas dotado de alguna elocuencia, que habia ido á hacer brillar en la capital. Por lo demás, tanto menos digno era de la confianza del santo Patriarca, quanto mas ardidés habia empleado para conseguirla. Trajo Crisóstomo consigo tres Obispos, y quando llegaron á Éfeso los de Lidia, Acaya y Frigia con los de Asia propiamente tal, se reunieron en número de setenta ansiosos todos en extremo de ver, y aun más de oír al gran Crisóstomo. Concurrió con los demás Eusebio, el cobarde acusador de Antonino: habia recibido su salario, y muerto ya el que se lo habia entregado, no temia ser convencido de perjurio. Principió su acusacion, que fue probada por buenos testigos y confirmada por la misma confesion de los culpados: seis Obispos ordenados por Antonino á precio de dinero, fueron depuestos, infamada la memoria del difunto y condenados sus herederos á restituir el precio de las ordenaciones. Substituyéronse por fin á los culpados sujetos dignos, y se tuvo un cuidado particular, dice un autor de aquel tiempo, de asegurarse que habian guardado siempre la continencia (1).

56. Durante su permanencia en aquella provincia, se informó el Patriarca de las necesidades de las demás Iglesias del Asia. Tenia la de Nicomedia por Obispo un aventurero llamado Geroncio, Diácono de Milán en tiempo de San Ambrosio. Habíase gloriado de haber cogido en aquel tiempo por la noche un Onoscélido (2), es decir, un espectro monstruoso, que

(1) *Pall. Dial. pág. 133.* (2) *Sozom. lib. 8. hist. cap. 6.*

no tenia mas existencia que la que le dió la imaginacion de los Griegos. Sea que esta fábula fuese una mentira meditada, sea que fuese una pura ilusion, San Ambrosio la halló indigna de un ministro de los altares, y quiso que Geroncio se retractase de todo punto por medio de la penitencia. Abandonó á San Ambrosio el diácono indócil; pasó á Constantinopla bajo el Patriarcado de Nectario, y halló protectores que le procuraron el Obispado de Nicomedia. Su Arzobispo dió sus quejas, y el Patriarca quiso obrar con justicia; mas el charlatan se habia grangeado el amor de su nuevo pueblo con todo género de ardidés. Vendaba sus llagas, curaba ó parecia curar sus enfermedades, y era en extremo popular. Nunca logró Nectario despojarle de su dignidad por mas que lo deseaba. Estaba reservado este rasgo de autoridad para su sucesor, que puso en esta Silla á Ponsofio, hombre de gran suavidad de costumbres, de una piedad egemplar, y que habia sido maestro de la Emperatriz. Con tan buenas cualidades no pudo procurarse el afecto de aquel pueblo preocupado; y esta mudanza de Obispo le suscitó al mismo Patriarca una nueva multitud de enemigos.

57. Hacia tres meses que habia partido para el Asia, y ya era tiempo que volviese á su Iglesia, que estaba alborotada con las maniobras de Severo, á quien la habia confiado, contra el santo Patriarca. Hallábanse las cosas ya en tal estado, que el Santo á su regreso juzgó no ser ya tiempo de usar de indulgencia, y que era necesario arrojar á todo riesgo

de Constantinopla á este ingrato y pérfido enredador. Mas Severo habia encantado con sus lisonjas hasta el espíritu de la Emperatriz, y esta le hizo volver de Calcedonia adonde se habia retirado, sin mostrarse satisfecha hasta restituirle de nuevo á la amistad con el Patriarca, el que á un conocimiento profundo del corazon humano y de las costumbres, reunia aquel candor y simplicidad natural que tantas veces es víctima de la baja política.

58. En tanto que penetrado únicamente de la grandeza de Dios y de las cosas eternas, no miraba ni á los intereses ni á las maquinaciones del siglo, le amenazaba por todas partes una tempestad terrible. Todos los que eran enemigos de la disciplina, de las buenas costumbres y de la fe, lo fueron tambien del Santo. Vivian los Arrianos en gran número en la capital sin poder celebrar sus reuniones sino fuera de la ciudad: mas para asistir á ellas se congregaban en lo interior, salian en procesion y como en triunfo todos unidos, y cantaban á dos coros cánticos llenos de sus impiedades. Llegaron hasta el extremo de insertar en ellos escarnios contra la doctrina Católica. El pueblo ortodoxo formó por su parte cánticos satíricos; de modo que estos dos partidos igualmente orgullosos, uno por el favor presente y otro por el crédito pasado, principiaron pronto á proferir los unos contra los otros espresiones ofensivas. Pasaron de los cánticos y de las palabras á los golpes, y hubo de una y otra parte efusion de sangre, y aun quedó herido de una pedrada un eunuco de la Emperatriz.

Este incidente fue causa de que se renovase la prohibicion hecha á los Arrianos en el Pontificado antecedente de cantar letanías en la ciudad, es decir, oraciones comunes de dia y de noche. Suscitóle todavía nuevos enemigos esta nueva humillacion de los sectarios, atribuida al santo Patriarca.

59. En tal estado se hallaban las cosas, cuando los grandes hermanos y su comitiva llegaron á Constantinopla. Presentáronse al piadoso y tierno Crisóstomo, que viendo á sus pies cincuenta viejos, en cuyo esterior se veían grabadas la mortificacion y todas las señales de la santidad, se conmovió hasta llorar, y les preguntó, qué era lo que les obligaba á huir. Refiriéronle lo acaecido en Nitria, y suplicáronle que los dispensase de la triste necesidad de quejarse al tribunal secular, añadiendo que no exigian otra satisfaccion ni otra gracia mas que volver á sus soledades, y dar fin allí al sacrificio de sus personas que hacian al Señor. Creyó que sería fácil ablandar á Teófilo, y les ofreció su mediacion, encargándoles la discrecion y modestia. Al propio tiempo por medio de los clérigos de Alejandria enviados por los intereses de Teófilo, se confirmó en que las quejas de los monges eran muy fundadas. Escribió pues á este Patriarca, pero con toda la dulzura posible, y rogándole á la manera de un hijo dócil á su padre, que concediese de nuevo su antiguo amor á los piadosos solitarios que eran uno de los mas bellos adornos de la Iglesia. Mas el orgulloso y vengativo Egipcio respondió con altivez: que el Obispo de la Iglesia